

# Indigenismo, indianismo, el mito del buen salvaje \*

**L**a celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América ya se ha convertido en un nuevo pretexto para una campaña de denigración de la conquista y colonización española por parte de las corrientes interpretativas tercermundistas e indigenistas. Es preciso, por lo tanto, rectificar algunas nociones históricas deliberadamente tergiversadas y desentrañar la ideología en que se basan estas tendencias, el relativismo cultural al que se agregan algunos antiguos mitos: el buen salvaje, la Edad de Oro, el retorno a los orígenes arcaicos, la utopía de la América Mágica.

La posición de la cultura oficial blanca americana con respecto a los indios pasó por diversos avatares. Hubo una boga efímera de indigenismo en la primera etapa de las guerras de la independencia americana, como un arma más en la polémica de la colonización española, y también para lograr la adhesión de los indios a los ejércitos criollos. De este indigenismo revolucionario quedó alguna estrofa tipo canción de protesta, luego censurada en el himno nacional argentino —...se conmueven del Inca las tumbas...—, la extravagante propuesta de coronar a un príncipe Inca, lo cual nunca fue tomado en serio. Uno de los pocos actos concretos como la liberación de los tributos a los indios en el Alto Perú, sólo consiguió arrojar a las altas clases criollas a las filas contrarrevolucionarias. Por otra parte, tampoco, salvo excepciones como la mexicana, se logró la movilización masiva de los indígenas a favor de las guerras de independencia.

Los indigenistas reivindican las sucesivas rebeliones indígenas desde el siglo XVI y, sobre todo, las del siglo XVIII, como precursoras de la revolución emancipadora. Pero el fin de todos estos movimientos irredentistas era restaurar el orden precolonial y no crear uno nuevo. Tales las conjuraciones de 1564 en el sur del Perú y de 1739 en Oruro que se proponían el entronizamiento de sobrevivientes incas. Otro tanto puede decirse del levantamiento de 1740 del Cuzco cuando el cacique Tupac Amaru quiso hacer valer su linaje aristocrático inca y reivindicar el nacionalismo quechua o, el de 1742, encabezado por Atahualpa, o el de los comuneros de Nueva Granada

\* Del libro en preparación  
Asedio a la modernidad.

de 1761, cuyo objetivo en ninguno de los casos fue la independencia de los españoles. El caso de la rebelión aimara de Tupac Katari en La Paz de 1782 fue netamente racista; no solamente atacaba a los criollos sino también a los mestizos y aún a los quechuas, en un intento de aimarización, de retorno al estado preincaico. A Tupac Katari se atribuye la frase: *Volveré y seré millones*, que Howard Fast adjudicó a Espartaco y los peronistas a Eva Perón. Estas sublevaciones podían asaltar cuarteles y guarniciones, destituir autoridades locales y hasta tomar transitoriamente el poder en algunos pueblos, pero eran incapaces de mantenerlo. Como todas las rebeliones que no podían presentar un modelo de sociedad más avanzado, como las rebeliones de los esclavos en la antigüedad, o las guerras de los campesinos alemanes del siglo XVI, las rebeliones indígenas del siglo XVIII estaban inevitablemente destinadas al fracaso. El movimiento de independencia iba en sentido contrario al de las rebeliones indígenas. Sus dirigentes más avanzados, a excepción de algunos mexicanos, se proponían superar la etapa colonial, no para volver al pasado precolonial sino para alcanzar el nivel de las sociedades europeas más adelantadas de la época, profundizando todavía más el abismo con las sociedades indígenas. Los indios, por el contrario, sólo podían ver con temor la instauración de este nuevo orden económico y social que los arrancaba de las comunidades agrarias primitivas allí donde aún existían. Mientras la monarquía española protegía estas comunidades indígenas y mantenía el status quo para lograr la sumisión del indio, la revolución emancipadora, y luego la república con intenciones renovadoras, destruía la tenencia colectiva de la tierra por los indios, medida imprescindible para imponer el capitalismo, modo de producción más avanzado que el comunitarismo primitivo indígena. En 1824 un decreto de Bolívar imponía la propiedad privada de la tierra, disolviendo aceleradamente las comunas indígenas. Pocos fueron, por lo tanto, los indios que adhirieron voluntariamente a los ejércitos criollos y aun muchos formaron parte de las filas contrarrevolucionarias. Algo muy distinto ocurrió con los negros, quienes sin ningún régimen anterior que reivindicar estaban más integrados a la sociedad criolla y jugaron un papel importante en las guerras.

A este primer intento frustrado de arrastrar a los indios a la causa de los criollos siguió una segunda etapa donde los acuerdos y la utilización política de las tribus se alternaban con la persecución y el exterminio. Los indios, por su parte, se acostumbraron a la total falta de lealtad, colaboraban con las tropas o las traicionaban según las circunstancias. Los caciques ponían sus tribus al servicio de uno u otro caudillo, indiferentes a la fracción política. El ejército de López en sus campañas de Buenos Aires y Córdoba estaba formado por contingentes de indios que eran excitados como dice el general José María Paz en sus *Memorias*: «Por las propensiones al robo, el asesinato y la violencia». El cacique araucano Calfucurá estuvo al servicio de la dictadura de Rosas y por encargo de éste masacraba a otras tribus insumisas. Tanto Calfucurá como Catriel formaron en las filas del ejército rosista en Caseros y se pasaron al vencedor al día siguiente. Catriel era un agente doble, avisaba a los jefes de fronte-

ra cuando se organizaba un malón pero si éste tenía éxito, le tocaba parte del botín. La tribu de Coliqueo combatió con Urquiza contra el ejército de Buenos Aires; combatió en la batalla de Cepeda y luego, en la batalla de Pavón, lo hizo en favor de los porteños en contra de Urquiza. Hasta 1880 los caciques eran tratados por el gobierno como verdaderas autoridades, se les rendían honores, se les enviaban embajadores de la categoría de Mansilla, se les otorgaban altos grados en el ejército: Catriel intervino en la revolución mitrista de 1874 con el grado de coronel. Mitre y Urquiza, implacables perseguidores de indios, formaban al mismo tiempo sus propios ejércitos con ellos. La política de apaciguamiento y asimilación se alternaba con la persecución y el exterminio liso y llano. Este último no se diferenciaba demasiado del tratamiento dado a los gauchos.

Hacia fines de siglo, los indios estaban totalmente aniquilados o asimilados; ya no tenían caciques poderosos que pudieran negociar. David Viñas<sup>1</sup> señala la transformación de los indios provenientes de Caruhé y de Fortín Tostado en los temidos «cosacos» del escuadrón de policía del coronel Ramón Falcón, lanzado a sablear obreros, manifestantes y huelguistas en las calles de Buenos Aires.

El asesinato y el despojo del que fueran víctimas los indios no fue más inhumano que la legislación sangrienta inglesa que castigaba con la horca a los ex-siervos y campesinos transformados en vagabundos, mendigos y bandoleros, como consecuencia de la expropiación de la tierra en los siglos XVI y XVII. El trágico destino de los indios americanos no fue pues una excepcionalidad, ni debe interpretarse como una lucha racial; sufrieron el mismo destino que todas las clases sociales supervivientes de un sistema caduco violentamente destruido por el nuevo orden capitalista. La crueldad con que se cumplió esta etapa inevitable del desarrollo del mundo moderno no autoriza a presentarla como la caída desde la sencillez y pureza de un anterior idilio pastoral que nunca existió.

## Los avatares de la ideología indigenista

La necesidad de justificar el exterminio del indio, así como también la influencia europea en los dirigentes americanos, del positivismo, del darwinismo social y del racismo de Gobineau, estimularon teorías indigenistas que culpaban del atraso de los países latinoamericanos a «la mala sangre» de los indios, los negros, los mestizos y los mulatos. Esta corriente está representada por los escritores argentinos Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América*, 1903; José Ingenieros, *Sociología argentina*, 1910, y *Nacionalismo e Indigenismo*, artículo de la «Revista de América», 1913; los bolivianos: Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo*, 1909; y *Raza de bronce*, 1919; y Nicomedes Antelo; los peruanos: Francisco García Calderón: *Las democracias latinas de América*, 1913; Javier Prado y Mariano Cornejo, quien sostenía que la raza aborigen es «esencialmente débil de ánimo». Resulta significativo que aún en la literatura popular de la época,

<sup>1</sup> David Viñas, *Indios, ejércitos y fronteras*, México, Siglo XXI, 1982.